

José Antonio Marina



*Pequeño tratado
de los grandes vicios*

Este libro es un peculiar tratado de psicología. Se ocupa de las fuentes del mal. Es un ensayo de espeleología íntima, de descenso al núcleo ígneo del volcán humano. La conciencia moral ha trabajado durante muchos siglos sobre sí misma, perforando galerías en la roca amorfa de nuestra intimidad. Los héroes griegos de la *Ilíada* tal vez no tuvieran capacidad de reflexión. Nuestros sentidos, nuestros deseos, están vertidos al exterior. Son centrífugos. Volverse hacia uno mismo exigía una torsión cataclísmica. Y sólo la implacable exigencia moral tuvo potencia suficiente para impulsarla. Tenía razón Sartre al decir que los moralistas han sido los maestros de la introspección. Se quedó corto. Fueron sus inventores. Pero esa búsqueda dividió el mundo en dos mitades. Lo bueno era irreal, estaba fuera, en el reino de los fines. Lo malo, en cambio, está ya en nuestra naturaleza terrible e indecisa. La gran creación consiste en saltar de la realidad a la ficción. En inventar nuestra esencia a partir de nuestras limitaciones.

Marina enlaza la idea de vicio con los hábitos, una noción fundamental para comprender la personalidad humana. Tanto los vicios como las virtudes son hábitos que incitan a actuar, mal o bien. Y tiene siempre presente la idea de «Anábasis», subida, ese afán de superación que define a la naturaleza humana. El análisis del mal lleva a Marina a reflexionar sobre las tres etapas del descubrimiento moral: lo puro y lo impuro, la falta objetiva o la culpabilidad sin responsabilidad, la falta subjetiva o la unión de responsabilidad y culpa. A su vez, relaciona los grandes vicios con las grandes pasiones, y éstas con los tres deseos fundamentales: el placer, la vinculación afectiva, la ampliación de posibilidades del Yo.

José Antonio Marina, actuando una vez más como detective cultural, se acerca al corazón de las tinieblas, de donde

acabará saliendo un resplandor oscuro. Lo hace investigando una poderosa y duradera tradición de la cultura occidental. El canon de la perversidad. Durante más de quince siglos se transmitieron unos detallados planos de los sótanos del alma, divididos en siete grandes estancias: los siete vicios capitales. Esta figuración dio origen a una rica imaginaria, a un mundo simbólico completo, que podría llenar museos enteros. Se comprueba una vez más que la inteligencia humana vuelve ilimitado todo lo que toca. Los deseos también. Baudelaire veía en la infinitud de los vicios una prueba de la infinitud de las aspiraciones humanas. Al acercarse a la formulación clásica de los vicios capitales, Marina descubre un elaborado sistema de las pasiones humanas y de sus ambivalencias. Es decir, el dramatismo enérgico de nuestra condición. Este libro trata, pues, de la vida.

Según la mitología griega,
quien comía lotos olvidaba todo.

Lo peligroso de los vicios
es que producen amnesia, como el loto.
He escrito este libro para explicarlo.

JOSÉ ANTONIO MARINA

No dejaremos de explorar
y el término de todas nuestras exploraciones
será llegar al lugar donde comenzamos
y conocerlo por primera vez.

T. S. ELIOT, «*Little Gidding*»

Introducción

¡El horror! ¡El horror!

Últimas palabras de Kurtz,
el protagonista de *El corazón de las tinieblas*,
de JOSEPH CONRAD

Se ha terminado el tiempo de los grandes relatos, sentenció el posmodernismo por boca de su profeta Lyotard. La gente le creyó, porque los parroquianos fieles siempre son crédulos. Vivimos en la época de las historias mínimas, múltiples, inconexas, desvinculadas, intertextuales, protoplas-máticas, ameboides, patchworks. Por supuesto, se acabó también el tiempo de los héroes, esos cargantes. Sólo habitan nuestro paisaje hombres sin atributos y superhéroes de cómics. Hablar de los vicios se adecuaba muy bien a este mercurial formato, porque ya decían los clásicos que la virtud unifica pero los vicios dispersan. Su pintor de cámara fue El Bosco, un hiperactivo gráfico. Al estudiarlos, sin embargo, me he llevado una gran sorpresa. Son timadores de alto standing. Por debajo de su fértil anecdotario he descubierto una gran aspiración, un gran relato oculto, una obsesiva búsqueda de la plenitud contada en negativo, una colosal inversión. La historia de una indecisión metafísica.

Lo supe alguna vez, pero lo había olvidado. Y esta amnesia me confirma un antiguo y tenaz desasosiego. Creo que estamos en un momento nuevo de la historia. Nunca hemos sabido más y nunca hemos recordado menos. La

cultura siempre ha sido la herencia social, la consolidación y transmisión de la memoria. Mis alumnos, muy modernos, piensan que no hay que aprender lo que se puede encontrar (en Google, fundamentalmente). Enorme ingenuidad. Sin reactivar desde uno mismo su genealogía, el presente se puede usar, pero no entender, igual que los teléfonos móviles, los ordenadores, las leyes o los medicamentos. En todos esos casos, la inteligencia está en los objetos, no en el sujeto. Ellos nos guían hacia no sabemos dónde. Una de las razones de la crisis financiera que sufrimos es que los bancos estaban vendiendo productos financieros que casi nadie comprendía. Es un síntoma de una enfermedad más general. Hay un inconsciente personal y un inconsciente objetivado en los productos culturales. Nuestros lenguajes, costumbres, instituciones, leyes, saberes, adquieren su sentido a lo largo de un proceso constituyente, y si no lo conocemos, los usaremos con frivolidad o dogmatismo —que es la frivolidad de la bobería engréida.

Pero la apelación al pasado para descifrar la actualidad está desapareciendo. Vivimos en una hiperestesia de lo inmediato, en un actualismo flash. La moda es el paradigma de nuestra cultura. Conviene que todo sea de usar y tirar para no entorpecer el ciclo productivo. Sin duda, como escribió Paul Ricœur, necesitamos «recuperar la cadena de nuestra memoria cultural», pero para ello hace falta una paciencia incompatible con nuestro mundo acelerado. Para la ciencia, la técnica y el comercio lo actual es lo único valioso. No es necesario que un especialista en mecánica cuántica sepa quién fue Kepler, ni siquiera quién fue Max Planck. Y un experto en nanotecnología no necesita saber la historia del microscopio. Ambos pueden ejercer su profesión brillantemente sin esos conocimientos. Lo que resulta más problemático es si captan el sentido de su actividad, porque la comprensión supone, entre otras cosas, situar el presente en un largo y amplio dinamismo evolutivo, descubrir su genealogía, someterlo a un peculiar psicoanálisis históri-

co. De lo contrario podemos convertirnos en *idiots savants*. Esto es especialmente importante en lo que afecta a nuestros modos de vida. Comte-Sponville ha escrito: «Toda moral viene del pasado. Sólo hay moral fiel». Tengo que precisar esta afirmación. Toda moral es fruto de una larga y dramática experiencia, y si olvidamos esa experiencia caemos en una «trivialización por desmemoria» o en una «ingenuidad por ignorancia». Y ahí la inteligencia fracasa. Olvidamos que gran parte de las cosas que pensamos, sentimos y creemos son resultado de un largo proceso de invención, de descubrimiento o de ambas cosas, y que si desconocemos esto, desconocemos también por qué pensamos, sentimos o creemos lo que pensamos, sentimos o creemos.

Este interés por nuestra genealogía cultural me ha conducido a estudiar el canon de perversidad de la cultura occidental. Podía igualmente haber estudiado el canon virtuoso, un tema que Alasdair MacIntyre puso de moda con su libro *Tras la virtud* y ha sido retomado por la «psicología positiva» americana, que ha emprendido su estudio con el optimismo y la energía que la caracterizan. Sin embargo, me parece que sin el previo estudio de los vicios estas investigaciones quedan anoréxicas y un poco pacatas, al convertir todos los problemas morales en problemas psicológicos. Es ingenuo pensar que la terapia puede resolver el problema del Mal con que ha bregado la humanidad entera. Dentro del movimiento de «psicología positiva» han aparecido ya algunas cautelas sobre su apresurado optimismo, por ejemplo el libro dirigido por Edward C. Chang y Lawrence J. Sanna *Virtue, Vice, and Personality*, editado nada menos que por la American Psychological Association. Robert Solomon, un notable investigador del mundo emocional, ha advertido que «la psicología experimental, la neurología y los nuevos métodos de la ciencia cognitiva tienden a privar a nuestro pensamiento de lo que considero la dimensión más relevante de nuestra vida emocional: su conexión con la ética, con los valores» (*Ética emocional*,

Paidós, Barcelona, 2007). Y en su libro *The Psychology of Good and Evil* (Cambridge University Press, Cambridge, 1997), Ervin Staub, un psicólogo especializado en sucesos terribles, como los genocidios, se hace una oportuna pregunta: ¿es el concepto «maldad» relevante para un psicólogo? Parece que, como ciencias, la psicología o la psiquiatría sólo se interesan por hechos, no por valoraciones morales, pero la perversidad, es decir, los comportamientos brutales, atrocemente destructivos —el horror, como diría Conrad— son un hecho. La inhumanidad es una de las posibilidades de la humanidad. Acabo de ver una exposición de instrumentos de tortura y me ha parecido una terrible radiografía del ser humano.

Al estudiar los avatares del mal, sus encarnaciones y su imaginario, he tenido que reactivar una parte olvidada de mi historia, y también de la suya: la génesis de nuestra subjetivación como sujetos morales, una tarea que debió de ocupar a nuestros ancestros varias decenas de miles de años. Bajo título tan abrupto hay un problema fácil de plantear. Entiendo por «subjetivación» el modo de vivirse, interpretarse, juzgarse como sujeto. No sé cuánto tardaron nuestros antepasados en conseguir pensarse como seres personales, libres, sujetos a normas, sometidos a una evaluación moral, pero eso forma ahora parte de nuestro modo de pensarnos. Es extraño que la idea que tenemos sobre nosotros mismos sea un componente real de nuestra personalidad, pero así son las cosas. Todos los movimientos ideológicos —desde el nazismo a la democracia, desde el budismo al cristianismo— han pretendido configurar un determinado sujeto humano. Una forma especial de sentir, sentirse y actuar.

En este momento, nuestro modo de vivirnos como sujetos morales se basa en conceptos de libertad, autonomía, dignidad, igualdad, ideas recientes y magníficas que se usan —como he dicho— con la misma eficiencia boba con que se utiliza el móvil. Me parece importante recuperar el

dramático y precario significado de estas nociones, precisamente para cuidarlas con más esmero, porque, siguiendo la comparación, puede aparecer un nuevo modelo de móvil o de medicamento o de institución que no las incluya, y que, sin embargo, nos seduzca. No sería la primera vez, pues una de las tentaciones de la cultura es encanallarse. Conocer la historia de la maldad, de las diferentes figuras que de ella ha tenido nuestra cultura, de los grandes vicios, nos permite comprender la precariedad de nuestra situación.

Este libro se compone de dos partes. En la primera estudio cómo los humanos —seres volcados a la acción— se volvieron asustados hacia sí mismos en busca de una mejor comprensión y control de sus actos. En la segunda, cómo se elaboró un canon de las debilidades humanas y de la perversidad. Este es el orden lógico de lectura, pero si tienen prisa por entrar en los infiernos, pueden comenzar por la segunda parte.

Primera parte La genealogía

Es de creer que las necesidades dictaron los primeros
gestos
y que las pasiones arrancaron las primeras voces.
No se comenzó por razonar sino por sentir.
Para conmover a un joven corazón, y que pueda res-
ponder a un agresor injusto,
la naturaleza dicta acentos, gritos, lamentos.
He aquí las palabras más antiguas inventadas
y he aquí por qué las primeras lenguas fueron melodio-
sas y apasionadas antes de ser simples y metódicas.
He aquí cómo el sentido figurado nace antes que el li-
teral,
cuando la pasión fascina nuestros ojos
y la primera noción que nos ofrece no es la de verdad.

JEAN JACQUES ROUSSEAU, «*Ensayo sobre el origen de
las lenguas*»

I. La fascinación por el mal

Los vicios del hombre contienen la prueba (al no ser más que su infinita expansión) de su gusto por la infinitud;
es tan sólo un gusto que se equivoca frecuentemente de ruta [...]
Es en esa depravación del sentido de lo infinito donde yace, a mi juicio, la razón de todos los excesos culpables.

CHARLES BAUDELAIRE, *«Los paraísos artificiales»*

¿No juegan un papel importante en el origen de este Dios los deseos de los hombres?
¿No desea el hombre liberarse de las estrecheces de su cuerpo, no desea ser omnisciente, todopoderoso, omnipresente?
¿No es, por tanto, también este Dios, este espíritu, la realización del deseo del hombre de ser espíritu infinito?
¿No hemos, por ende, objetivado en este Dios la esencia humana?

LUDWIG FEUERBACH, *«Lecciones sobre la esencia de la religión»*

1. Los vicios

«Vicios» y «virtudes» son palabras erosionadas y empequeñecidas por el uso, cantos rodados en los que resulta difícil reconocer las aristas originales. El primer significado de «virtud» fue «energía», y el de «vicio», «impotencia», «debilidad». Se oponen, pues, como la plenitud y la carencia, como el poder y la sumisión. Cuando escuchamos decir a los filósofos griegos que la virtud da la felicidad, nos suena extraño, porque hemos convertido las virtudes en calderilla beata, y la felicidad en un vulgar pasarlo bien a tope. Martha Nussbaum piensa que es una traición traducir *eudaimonía* por felicidad, y que sería más correcto hacerlo por *flourishing*, alcanzar la plenitud personal, florecer. Correlativamente, el vicio sería un cierto empequeñecimiento, una cierta esterilidad. «A todo lo que veas que carece de la perfección de su propia naturaleza», dice San Agustín, «cábele el nombre de vicio» (*De libero arbitrio*). «El vicio es siempre un fracaso», escribió Sartre en *El ser y la nada*. Sartre nos va a acompañar en este capítulo precisamente por su lúcida fenomenología de los bajos fondos.

Vicios y virtudes son hábitos que incitan a actuar, mal o bien. La noción de «hábito» me parece fundamental para comprender la personalidad humana. Un hábito es una pauta de respuesta estable, aprendida, que facilita la acción, la hace más sencilla, agradable y eficaz (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1104 b). Puede haber hábitos musculares, afectivos, intelectuales, volitivos. «Las emociones», dice Solomon, «son con frecuencia hábitos hasta cierto punto aprendidos, productos de la práctica y de la repetición». A partir de la *personalidad heredada*, genéticamente determinada, cada uno de nosotros configuramos nuestro *carácter*, es decir, nuestra *personalidad adquirida*, mediante las

experiencias y la educación. Los hábitos pueden aumentar nuestra capacidad de obrar o limitarla. Hay hábitos de libertad y hábitos de servidumbre. Tomemos como ejemplo un hábito muscular. La finalidad del entrenamiento es alcanzar nuevas destrezas automatizadas. Repitiendo cientos de veces un golpe, el tenista o el golfista van perfeccionando su eficacia. En cambio, si «coge un vicio», por ejemplo, si levanta demasiado la raqueta, o no gira lo suficiente el cuerpo, su eficacia disminuirá. Conviene insistir en que los buenos hábitos aumentan nuestras posibilidades y nuestra libertad. Sólo cuando dominamos perfectamente los mecanismos de un idioma, y no tenemos que estar pendientes de la corrección sintáctica, podemos hablar o escribir creadoramente. La creatividad es un hábito, como también lo es la rutina.

Aunque la noción de «hábito» es muy antigua, sólo ahora sabemos cómo funciona. La plasticidad del cerebro humano hace que los actos vayan estableciendo enlaces neuronales que se fortalecen con la repetición. Al adquirir un hábito estamos construyendo nuestro cerebro. Cuando el pianista ha conseguido los hábitos musculares imprescindibles para su arte, una parte de su cerebro motor se ha desarrollado espectacularmente.

Tanto «vicio» como «virtud» se utilizan casi exclusivamente con un significado moral. Son una creación más de nuestra inteligencia, mestizos de naturaleza y cultura. En ellos «psicología» y «valores» se hibridan. Un género entero —*la psicomachia*— plantea la relación entre vicio y virtud como una batalla, en el interior del hombre, y esa analogía subyugó la imaginación durante siglos. La *Psychomachia* de Prudencio (siglo V) se traduce en piedra en el ciclo de la virtud y del vicio del pórtico de Notre-Dame de París.

Los hábitos configuran nuestra segunda naturaleza. Jean-Paul Sartre expuso con gran éxito de público la peregrina idea de que la libertad exigía no depender en absoluto del pasado, poder negar su acción por completo. El Sar-

tre del miércoles no tenía nada que ver con el Sartre del martes por la noche. Era una ingenuidad dogmática que hacía la libertad inexplicable y el amor invivible. Si queremos comprender nuestros actos nos vemos obligados a hacer espeleología íntima, descender al manantial en ebullición del que surgen nuestras acciones. Y allí descubrimos una energía poderosa y magmática: las pasiones moduladas por los hábitos.

2. Iniciando el viaje

Mi tesis es que el interés por la intimidad humana, por el análisis interior —*intimus* es superlativo de «interior»—, no fue primariamente científico, sino moral, y que eso sesgó parcialmente sus descubrimientos. La ética fue anterior a la psicología. Las primeras terapias fueron morales, y el afán de la psicología por intervenir en los comportamientos, la facilidad con que se convierte en consejera de la conciencia, delata esa larga historia. Fueron los moralistas los primeros que pusieron en práctica las técnicas de modificación de conducta. El «examen de conciencia» no se instaura para descubrir nuestras fortalezas interiores, sino nuestras carencias. Por ejemplo, Epicuro, uno de los primeros terapeutas filosóficos, exigía a sus discípulos que escrutaran sus creencias inconscientes y que confesaran públicamente sus faltas para poder corregirlas. Y Séneca, una vez que habían retirado las luces y su cámara estaba en silencio, examinaba cuál había sido su comportamiento durante el día. Aristóteles todavía tiene una visión apacible de nuestra alma, pero epicúreos y estoicos se sumergen en las profundidades, descubren el inconsciente, la anchura, oscuridad y espesura de nuestro interior. Y asisten a inclementes tormentas. El reto al que se enfrentaba el análisis moral era investigar esas profundidades y dominarlas. Era importante explicar el origen de los comportamientos malos, crimina-

les y violentos para poder evitarlos. Muchos siglos después, destilando múltiples textos y experiencias, Tomás de Aquino encuentra tres causas internas del mal: la ignorancia, la pasión, la malicia (que es la inversión en la escala de valores). De estas tres, la que me interesa más por ahora es la pasión.

Nietzsche ya vio con gran agudeza que la introspección fue un fruto del pensamiento moral. Y, a su juicio, un repliegue enfermizo. El hombre sano vive en la acción, no en la reflexión. Vive en el sentimiento, no en el resentimiento. Sólo la preocupación moral —que incluía también intereses y pasiones poderosas— podía tener fuerza para provocar esa colosal torsión de la mirada, de fuera adentro, y esa gigantesca torsión de la acción, de la expansión natural de la fuerza al control sospechoso de la vitalidad. Su idea casi patológica del análisis de conciencia resuena todavía en Sartre, que hace decir al protagonista de *La náusea*: «No quiero secretos, ni estados de alma, ni cosas indecibles; no soy virgen, ni sacerdote, para jugar a la vida interior». Al parecer no era una exageración poética, porque en *La plenitud de la vida*, esa autobiografía conjunta que escribió Simone de Beauvoir, leemos: «Los dos "pequeños camaradas" [Sartre y ella] sentían una gran repugnancia por lo que se llama "vida interior"; en esos jardines donde las almas de calidad cultivan secretos delicados, ellos veían pantanos hediondos; allí tienen lugar a la chita callando todos los tráficicos de la mala fe, allí se saborean las delicias encenagadas del narcisismo».

Buscando explicar y corregir el mal, la introspección psicológica descubrió un dominio peligroso. El epicúreo Lucrecio —uno de mis descubrimientos en este libro— describe, con una violencia desgarrada, la fiera lucha de las pasiones, en el interior del hombre. Y Séneca compara el alma con una oscura arboleda apartada, formada por arcadas de ramas; con estanques que parecen sagrados debidos a su oscuridad o a su profundidad insondable (*Ep.*, 41). No es